

PRESENTACIÓN

Adam Smith es conocido sobre todo por ser el autor de *La riqueza de las naciones*. Son menos los que saben, sin embargo, que él pensaba que su mejor obra era *La teoría de los sentimientos morales*, de la cual hizo seis ediciones a lo largo de treinta años (1759-1790). En ese libro están contenidas la mayor parte de sus ideas sobre la moral.

Este libro reúne ocho ensayos que versan sobre temas relacionados con la moral o con la religión en el pensamiento de Adam Smith, sobre todo, en *La teoría de los sentimientos morales*. Aunque no todos fueron escritos con la intención original de formar parte de un libro, son ensayos que no había publicado; todos fueron escritos entre mayo y julio de 2016.

Con este pequeño libro se espera contribuir a una mejor apreciación de las ideas morales de Adam Smith, que en la historia de la filosofía quedaron, por así decirlo, eclipsadas por la obra de su amigo, David Hume. Con ser semejantes en muchos aspectos (la preponderancia del sentimiento sobre la razón, el principal de ellos), aquí se sostiene que la teoría moral de Smith se sitúa en la tradición aristotélica de la ética de las virtudes, mientras que la de Hume es marcadamente utilitarista (capítulo 6). Al contrario también de Hume, que era afín al epicureísmo, Smith se inclinaba por el estoicismo; esto queda reflejado en su visión teleológica del universo y de la vida humana (capítulo 2), y en

su noción del espectador imparcial (la conciencia, o «el semidiós dentro del pecho»).

A pesar de que muchos consideran que la noción de «mano invisible» es central en el pensamiento de Smith (sobre todo, en su teoría económica), aquí se muestra cómo, en realidad, es una noción marginal para él. Más importantes son las nociones de simpatía y de espectador imparcial. Aunque no niego que en su obra de economía Smith abogara por el libre intercambio de bienes, en ética Smith pensaba que la virtud de la continencia era la más importante (se nota allí el influjo de los estoicos), y creía que las riquezas y el poder no nos dan la felicidad (capítulo 4). La sociedad comercial tiene la desventaja de «diluir» las virtudes marciales y de exponer a los hombres a la corrupción de su carácter, pero tiene la inestimable ventaja de que favorece la libertad y la seguridad, condiciones indispensables para la felicidad (capítulo 1).

Otra noción relacionada con la de la mano invisible es la de interés propio. En el capítulo 3 se exponen los orígenes estoicos de esa noción, y se hace ver que el interés propio, como lo entendía Smith, implicaba salir de sí mismo para interesarse genuinamente en los demás. No se puede pensar, por lo tanto, que el mercado funcione sin la virtud, o de que los vicios privados produzcan virtudes públicas (Smith llama a esos sistemas «licenciosos»).

En el capítulo 5 se exponen las ideas de Smith sobre la riqueza y la pobreza. A pesar de su interés por la prosperidad y riqueza de las naciones, Adam Smith estaba consciente de que la pobreza o la riqueza no son lo que verdaderamente importa para nuestra felicidad. En realidad, lo que todos deseamos es ser amados.

En el capítulo 7 se aborda el complejo problema de la opinión de Smith sobre la religión, y en particular, sobre el cristianismo. Smith era un deísta: creía en Dios (aunque probablemente no en la inmortalidad del alma), pero veía que las religiones institucionalizadas eran un obstáculo para el progreso, como sistemas de

supersticiones que vivían en lucha continua entre sí. Un «libre mercado de religiones» era lo más deseable, siempre bajo la mirada atenta del Estado.

Por último, en el capítulo 8 se discute la posibilidad de que la ética de Smith sea relativista. Se concluye diciendo que a pesar de que esa ética se funda en los sentimientos morales, la corrección de los mismos es juzgada por un espectador imparcial (la conciencia) que nos reclama que nuestras acciones no sean simplemente encomiables, sino también dignas de encomio, en cualquier cultura.

Los ocho ensayos que componen este libro no agotan, ni mucho menos, el rico material sobre las ideas morales de Smith. Lo que se pretende con ellos es aproximar al lector a los temas más discutidos de su pensamiento. Pero se espera que esa aproximación sea suficiente para desmentir algunas ideas simplemente falsas sobre el autor de *La teoría de los sentimientos morales* —particularmente, las derivadas de su noción de interés propio y de su imagen de la mano invisible.

Este libro se nutre de mis conversaciones con mi colega Julio Cole, con quien desde hace más de quince años comparto ideas e intereses. A él, mi agradecimiento y admiración. Agradezco, también, a Mónica de Zelaya, decana de la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad Francisco Marroquín, de quien siempre recibo estímulo y apoyo.

MORIS POLANCO

Guatemala, 1 de agosto de 2016.

ABREVIATURAS

- RN: Smith, A. (1996). *La riqueza de las naciones* (libros I-II-III y selección de los libros IV y V). Editado por Carlos Rodríguez Braun. Madrid: Alianza.
- TSM: Smith, A. (1997). *La teoría de los sentimientos morales*. Editado por Carlos Rodríguez Braun. Madrid: Alianza.
- EPS: Smith, A., Wightman, W. P. D., Bryce, J. C., Stewart, D., & Ross, I. S. (1992). *Essays on philosophical subjects*. The Glasgow edition of the works and correspondence of Adam Smith: Vol. 3. Indianapolis: Liberty Fund.

CAPÍTULO 1

CORRUPCIÓN, VIRTUD Y SOCIEDAD COMERCIAL EN ROUSSEAU Y ADAM SMITH

1. Introducción

El debate sobre las virtudes y los vicios del capitalismo¹ es uno de los más encendidos de nuestro tiempo. En el siglo XVIII, la mayor parte de los ilustrados veían con buenos ojos el nacimiento de esta nueva forma de organización social y económica, pues traía las promesas de mayor igualdad y mayor libertad entre los hombres. Para los ilustrados, una sociedad en la que cualquier persona pudiera prosperar por sus propios medios sería más justa y estable (Rasmussen, 2008, p. 17). Además, los avances sociales venían acompañados de avances en las ciencias, en las artes y en las técnicas, lo cual permitía —o al menos prometía— una reducción de la ignorancia y de la pobreza. Pero no todos los intelectuales de la época estaban tan entusiasmados con el nuevo orden de cosas; para muchos, el incremento de la clase burguesa-comerciante conllevaba necesariamente la pérdida de las virtudes caballerescas, marciales o heroicas: la hidalguía, el honor, la lealtad, el coraje, entre otras.

¹ Me referiré indistintamente a «capitalismo» o a «sociedad comercial» para designar la misma realidad: la forma de organización social basada en la propiedad privada de los medios de producción y en la asignación de los recursos a través del mecanismo del mercado.

En este capítulo analizaré y compararé las críticas a la sociedad comercial hechas por J.J. Rousseau (1712-1778) y por Adam Smith (1723-1790), por ser quienes más atención prestan a los efectos corruptores que este tipo de organización social puede tener en el alma humana. Es conocida la crítica de Rousseau a la sociedad de su tiempo, que le valió la enemistad con los ilustrados franceses (Rasmussen, 2008, p. 16); menos conocida, sin embargo, es la crítica de Adam Smith. Tal vez esto se deba a que al escocés se le considera como uno de los padres de la economía moderna, mientras que el ginebrino es bien conocido por su aguda crítica al proyecto de la modernidad. Pero el hecho es que ambos critican la sociedad comercial. La diferencia entre ellos radica, sin embargo, en sus propuestas de solución.

Este capítulo tiene tres objetivos. El primero es romper la concepción tradicional que ve en Adam Smith a un simple apolo-gista del capitalismo, y mostrar que, a pesar de que apoyara este sistema, estaba muy consciente de sus peligros y desventajas. El segundo es comparar las críticas que Rousseau y Smith hacen a la sociedad comercial. El tercero es evaluar la propuesta de solución de ambos. Concluyo afirmando que la propuesta de Smith es más realista que la de Rousseau, por estar anclada en una concepción más acertada de la naturaleza humana y de la virtud.

La sociedad comercial, a los ojos de Rousseau

En la historia de las ideas muchas veces se presenta a Jean Jacques Rousseau como un enemigo del antiguo régimen, a la vez que un antecesor del romanticismo. Si bien ambas ideas son correctas, muchas veces se omite recordar que «el principal ataque de Rousseau no se dirigía tanto contra el *ancien régime* como contra las sociedades comerciales que comenzaban a aparecer en su tiempo. [...] Rousseau repudió casi cada aspecto de la sociedad

comercial y [...] su crítica es una de las más comprensivas hasta entonces ofrecida» (Rasmussen, 2008, p. 15). El polímata ginebrino consideró la diseminación de las artes y las ciencias, la confianza en la tecnología y la medicina, y el énfasis en el interés propio y la prosperidad (y no en la virtud) como incompatibles con una política sana o una forma de vida libre y feliz (Rasmussen, 2008, pp. 19–20).

Mientras que la mayoría de los pensadores ilustrados defendían la sociedad comercial porque creían que propiciaba las condiciones para que la gente persiguiera su propia felicidad, como cada quien la veía, Rousseau sostenía que este tipo de sociedad hace que alcanzar la felicidad sea casi imposible (Rasmussen, 2008, p. 39). ¿Por qué? Básicamente porque en la sociedad el hombre vive alienado. Con palabras de Allan Bloom, «él es el hombre que, cuando trata con otros, piensa solo en sí mismo, y por otra parte, en su comprensión de sí mismo, piensa solamente en los otros» («Introducción», en Rousseau, 1979, p. 5). El origen de esta alienación se encuentra en la aparición de la propiedad privada y en la división del trabajo. «La división del trabajo produce grandes desigualdades y hace a la gente débil e ignorante, socavando de esta forma [el sentimiento de] ciudadanía» (Rasmussen, 2008, p. 40). Esas desigualdades, a su vez, provocan que los hombres se vuelvan «actores e hipócritas que constantemente esconden sus verdaderos sentimientos» (Melzer, 1990, p. 76). La alienación, este vivir pendiente de la opinión de los demás, «transforma las relaciones del hombre consigo mismo, llevándolo a valorar su apariencia por encima de su sustancia, creyendo que tales apariencias son más valoradas por aquellos cuya atención busca» (Hanley, 2009, p. 29). Para mantener las apariencias, el hombre «expande sus deseos más allá de sus capacidades y de esta forma se vuelve miserable» (Rasmussen, 2008, p. 82). Por eso, Rousseau cree, al igual que Mandeville, que la sociedad comercial está fundada en el vicio: el vicio de gastar el

dinero en cosas que solo sirven para mantener las apariencias. Pero, al contrario que Mandeville y los ilustrados, Rousseau no cree que esos vicios privados puedan canalizarse hacia el bien común; por el contrario, solo llevan a la corrupción pública (Rasmussen, 2008, p. 29).

Vale la pena citar por extenso un párrafo del segundo discurso, donde Rousseau compara al hombre civilizado con el buen salvaje:

el hombre salvaje y el hombre civilizado difieren de tal modo por el corazón y por las inclinaciones, que aquello que constituye la felicidad suprema de uno reduciría al otro a la desesperación. El primero sólo disfruta del reposo y de la libertad, sólo pretende vivir y permanecer ocioso, y la ataraxia misma del estoico no se aproxima a su profunda indiferencia por todo lo demás. El ciudadano, por el contrario, siempre activo, suda, se agita, se atormenta incesantemente buscando ocupaciones todavía más laboriosas; trabaja hasta la muerte, y aun corre a ella para poder vivir, o renuncia a la vida para adquirir la inmortalidad; adula a los poderosos, a quienes odia, y a los ricos, a quienes desprecia, y nada excusa para conseguir el honor de servirlos; alábase altivamente de su protección y se envanece de su bajeza; y, orgulloso de su esclavitud, habla con desprecio de aquellos que no tienen el honor de compartirla. ¡Qué espectáculo para un caribe los trabajos penosos y envidiados de un ministro europeo! ¡Cuántas crueles muertes preferiría este indolente salvaje al horror de semejante vida, que frecuentemente ni siquiera el placer de obrar bien dulcifica! Mas para que comprendiese el objeto de tantos cuidados sería necesario que estas palabras de poderío y reputación tuvieran en su espíritu cierto sentido; que supiera que hay una especie de hombres que tienen en mucha estima las miradas del resto del mundo, que saben ser felices y estar contentos de sí mismos guiándose más por la opinión ajena que por la suya propia. Tal es, en efecto, la verdadera causa de todas esas diferencias; el salvaje vive en sí mismo; el

hombre sociable, siempre fuera de sí, sólo sabe vivir según la opinión de los demás, y, por así decir, sólo del juicio ajeno deduce el sentimiento de su propia existencia. No entra en mi objeto demostrar cómo nace de tal disposición la indiferencia para el bien y para el mal, al tiempo que se hacen tan bellos discursos de moral; cómo, reduciéndose todo a guardar las apariencias, todo se convierte en cosa falsa y fingida: honor, amistad, virtud, y frecuentemente hasta los mismos vicios, de los cuales se halla al fin el secreto de glorificarse; cómo, en una palabra, preguntando a los demás lo que somos y no atreviéndonos nunca a interrogarnos a nosotros mismos, en medio de tanta filosofía, de tanta humanidad, de tanta civilización y máximas sublimes, sólo tenemos un exterior frívolo y engañoso, honor sin virtud, razón sin sabiduría y placer sin felicidad (Rousseau, 1755).

La sociedad comercial, vista por Smith

Contrariamente a lo que podría pensarse, Adam Smith simpatizaba y coincidía en muchos puntos con el diagnóstico de la sociedad comercial que Rousseau hacía en el Segundo Discurso. Esto lo prueba una carta que Smith envió a los autores del *Edinburgh Review*, en 1756, en la que reseña favorablemente el mencionado discurso, comparando las ideas del ginebrino con las de Mandeville². Años más tarde, «Smith continuó forcejeando con los problemas planteados por Rousseau; en sus últimos escritos, Smith no solo concede cierto grado de validez a cada una de las críticas de la sociedad comercial que hace Rousseau, sino que también, ocasionalmente, se aproxima a apropiarse de las propias palabras de Rousseau» (Rasmussen, 2008, p. 51). Puede pensarse, incluso, que

² Véase SMITH, WIGHTMAN, BRYCE, STEWART, y ROSS (1992), pp. 251-254.

Smith estaba hasta cierto punto respondiendo a Rousseau en una cantidad importante de pasajes de sus obras, y no hay duda de que al menos estaba respondiendo a la crítica de Rousseau a la sociedad comercial; es decir, a la crítica que estaba convirtiéndose en prevaletante en el tardío siglo dieciocho, en gran parte como resultado del gran impacto intelectual de Rousseau (Rasmussen, 2008, p. 59)

Para Pierre Force,

este paralelismo entre Smith y Rousseau resalta los principales temas del humanismo cívico: crítica de la influencia corruptora del lujo y la riqueza, alabanza de la pobreza y la virtud. En la conclusión de su reseña del Segundo Discurso, Smith caracteriza el libro de Rousseau diciendo que manifiesta «el verdadero espíritu de un republicano llevado demasiado lejos». Con otras palabras, Smith vio a Rousseau como alguien que compartía sus valores republicanos, pero que los expresaba de una manera extremista (Force, 2003, p. 159).

Por eso, Rasmussen dice que «Smith esencialmente se apropia de la crítica cívica republicana de la sociedad comercial de Rousseau» (Rasmussen, 2008, pp. 64–65), aunque él piensa que Force sobrestima la simpatía que Smith siente por Rousseau: «Smith no deja duda de que es un defensor de la sociedad comercial, y Force no explora adecuadamente esta parte del pensamiento de Smith» (Rasmussen, 2008, p. 65).

Una de las razones por las que Smith defiende la sociedad comercial, es que él, contrariamente a Rousseau, no cree en la bondad natural del hombre (Rasmussen, 2008, p. 66); esto no significa, sin embargo, que piense que todas sus acciones son siempre y necesariamente inmorales (Rasmussen, 2008, p. 78).

En muchos lugares de la abundante obra de Smith se encuentran críticas a la sociedad comercial, pero tal vez ninguna sea tan

fuerte como la que hace en RN, sobre lo que podríamos llamar «la miseria del proletariado»:

Un hombre que dedica toda su vida a ejecutar unas pocas operaciones sencillas, cuyos efectos son quizás siempre o casi siempre los mismos, no tiene ocasión de ejercitar su inteligencia o movilizar su inventiva para descubrir formas de eludir dificultades que nunca enfrenta. Por ello pierde naturalmente el hábito de ejercitarlas y en general se vuelve tan estúpido e ignorante como pueda volverse una criatura humana. La torpeza de su mente lo torna no sólo incapaz de disfrutar o soportar una fracción de cualquier conversación racional, sino también de abrigar cualquier sentimiento generoso, noble o tierno, y en consecuencia de formarse un criterio justo incluso sobre muchos de los deberes normales de la vida privada. No puede emitir juicio alguno acerca de los grandes intereses de su país; y salvo que se tomen medidas muy concretas para evitarlo, es igualmente incapaz de defender a su país en la guerra. La uniformidad de su vida estacionaria naturalmente corrompe el coraje de su espíritu, y le hace aborrecer la irregular, incierta y aventurera vida de un soldado. Llega incluso a corromper la actividad de su cuerpo y lo convierte en incapaz de ejercer su fortaleza con vigor y perseverancia en ningún trabajo diferente del habitual. De esta forma, parece que su destreza en su propio oficio es adquirida a expensas de sus virtudes intelectuales, sociales y marciales. Y en cualquier sociedad desarrollada y civilizada este es el cuadro en que los trabajadores pobres, es decir, la gran masa del pueblo, deben necesariamente caer, salvo que el estado tome medidas para evitarlo (RN, pp. 717–718).

La anterior es una descripción sombría sobre los efectos negativos de la división del trabajo. Griswold (1999, p. 17) dice que «tal vez ningún filósofo, con la posible excepción de Marx, ha descrito los costos de la división del trabajo más clara y duramente que Smith». No deja de ser interesante que el gran defensor

del mercado piense que el gobierno deba tomar medidas para remediar la situación de los obreros. Dice Smith que «incluso aunque el espíritu marcial del pueblo no fuera empleado en la defensa de la sociedad, el evitar que esa suerte de mutilación, deformidad y miseria mental que inevitablemente acarrea la cobardía se extienda por toda la sociedad bien merece la más seria atención del gobierno» (RN, p. 721).

El hecho de que Smith le asigne una función positiva al Estado, no significa que tenga una visión idealista del mismo. En la misma RN escribe que «el gobierno civil, en la medida en que es instituido en aras de la seguridad de la propiedad, es en realidad instituido para defender a los ricos contra los pobres, o a aquellos que tienen alguna propiedad contra los que no tienen ninguna» (RN, p. 681). De esa forma, la propiedad queda en manos de unos pocos, y se produce una gran desigualdad social: «cuando hay grandes propiedades hay grandes desigualdades. Por cada hombre muy rico debe haber al menos quinientos pobres, y la opulencia de unos pocos supone la indigencia de muchos» (RN, p. 675), y sabemos que «ninguna sociedad puede ser floreciente y feliz si la mayor parte de sus miembros es pobre y miserable» (RN, p. 126).

Al igual que Rousseau, Smith cree que en la sociedad comercial, la gente está muy pendiente de la opinión de los demás, y gasta para presumir; insiste en que el dinero no puede comprar la felicidad y que la busca sin fin de riquezas tiende a restar felicidad a las personas (Rasmussen, 2008, p. 132). Al igual que el ginebrino, también Smith sostiene que la busca del hombre moderno por «mejorar su condición» a través de la riqueza tiene sus raíces en la necesidad psicológica de reconocimiento, más que en las necesidades físicas (Hanley, 2009, p. 37). Escribe el propio Smith:

Y entonces ¿de dónde emerge esa emulación que fluye por todos los rangos personales y qué ventajas pretendemos a través de ese gran objetivo de la vida humana que denominamos el mejorar

nuestra propia condición? Todos los beneficios que podemos plantearnos derivar de él son el ser observados, atendidos, considerados con simpatía, complacencia y aprobación. Lo que nos interesa es la vanidad, no el sosiego o el placer. Pero la vanidad siempre se funda en la creencia de que somos objeto de atención y aprobación (TSM, p. 176).

Desde luego, el primer y más obvio efecto de esa vanidad que fomenta la sociedad comercial es un incremento de la agitación y la ansiedad (Hanley, 2009, p. 38). Aún más: Smith está convencido de que «el hombre comercial no está simplemente inclinado hacia la vanidad y la ansiedad y duplicidad, sino que esa misma vanidad y ansiedad y duplicidad inhiben su apreciación y realización de la genuina excelencia, condenándolo de esta forma, en el mejor de los casos, a la mediocridad moral» (Hanley, 2009, p. 42). No es excesivo suponer, por tanto, que «el principal interés de Smith es mostrar que el tipo de corrupción que el comercio fomenta amenaza precisamente aquellos aspectos del alma y la mente que distinguen a los seres humanos en cuanto humanos, aspectos que incluyen no solo los sentimientos sino también la capacidad para cultivar las virtudes intelectuales» (Hanley, 2009, p. 34).

Si Smith tenía una visión tan negativa de la sociedad comercial, ¿por qué la defiende? Según Rasmussen (2008, p. 131), «el beneficio más importante de la sociedad comercial es que proporciona un mayor grado de libertad y seguridad que las sociedades pre-comerciales». La libertad y la seguridad son importantes, porque garantizan la tranquilidad, y para Smith, la felicidad consiste en gran medida en la tranquilidad³. Por otra parte, el deseo de

³ Como añade Hanley (2009, p. 39), «decir que Smith considera la tranquilidad un requisito para la felicidad es diferente a sugerir que esta es el principal componente de la felicidad (...). La definición de Smith de felicidad también incluye la consciencia de ser amado y de merecer la estima de los demás por las propias acciones virtuosas».

mejorar nuestra condición es natural y siempre ha estado presente; en la sociedad comercial simplemente hay más cosas que desear (Rasmussen, 2008, p. 87). A esto yo añadiría que Smith veía el advenimiento de la sociedad comercial como algo inevitable; como hombre práctico y realista, pensaría que su aporte intelectual debía centrarse en la identificación de los remedios a los males, más que en señalarlos. Probablemente por eso (como expondré más adelante) añadió una parte entera (la sexta) a su TSM, poco antes de morir.

Smith y Rousseau: coincidencias y diferencias

Aunque ambos son severos críticos de la sociedad comercial, Smith y Rousseau tienen distintas opiniones sobre el origen de la sociedad, el interés propio, la opinión ajena, los deseos que la sociedad comercial estimula, la distribución de la riqueza y la virtud. Veamos cada uno de estos puntos.

a) *El origen de la sociedad*

«Mientras Rousseau concibe al hombre en el estado de naturaleza como libre y feliz, las descripciones de Smith de las edades tempranas de la sociedad se asemejan mucho más al estado de naturaleza hobbesiano» (Rasmussen, 2008, p. 142). Recordemos que, para Hobbes, el hombre primitivo llevaba una vida «solitaria, pobre, tosca, embrutecida y breve» (Hobbes, XIII, 9).

b) *El interés propio*

Rousseau subraya que las apelaciones al interés de los demás a menudo son engañosas, que la gente frecuentemente trata de causar daño a los demás aun fingiendo preocuparse por ellos.